



www.loqueleo.com

Título original: LA ÚLTIMA CEIBA

© 2019, Virginia Read Escobal

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-922-2

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Impreso en Colombia

Primera edición: marzo de 2020

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustración de cubierta: Ruddy Núñez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

La última Ceiba

Virginia Read Escobal

loqueleg

*Para todos los que protegen los Bosques,
el Agua y las Reservas Naturales
en la República Dominicana.
Y para Farah Hallal.*

*Agradecimientos a Sixto Inchaústegui
y a Cesar Sánchez Beras.*

Plan A
Reserva del JAB-JCR
Colonia Sajoma
Elú

Isla de Santo Domingo,
República Dominicana.
2070

9

Desde mi cama del Pabellón de Restablecimiento pienso mucho. Tengo tiempo de sobra para pensar.

Estoy donde estoy como consecuencia directa de mi acción, pero también por acciones que cometieron otros en el pasado.

Es lo único que puedo hacer, pensar.

El futuro no es tal y como predijeron las películas catastrofistas más extremas.

Es mi presente, lo estoy viviendo y es mucho peor.



Sucede que los cambios que nos han traído hasta aquí, no fueron ocurriendo de forma radical, por lo menos en los primeros años del calentamiento. Al principio las etapas sorprendían y eran relativamente llevaderas, simplemente se iba uno adaptando a condiciones inusuales.

Gradualmente fueron llegando temporadas de lluvias prolongadas, alternándose con períodos de sequías e incendios más y más extremos. Después llegaron ciclones y mega huracanes, cada vez más violentos.

Y sin embargo éramos capaces de sobreponernos a cada uno de ellos, y hasta parecía que íbamos acostumbrándonos a lo extremo. Al fin y al cabo, las consecuencias del calentamiento eran un fenómeno mundial.

10 Quien no tenía una guerra, tenía un vertido tóxico o un desastre natural de grandes proporciones. Eso también nos consolaba.

Las situaciones extremas fueron convirtiéndose en algo normal. En lugares donde no había terremotos; había volcanes o hambruna y donde no había epidemias, subía el nivel del mar. Cada país iba preparándose, adelantándose a los acontecimientos, o asumiéndolos según sus posibilidades.

Las posibilidades de nuestro país eran limitadas, y de aquella, muchos no vieron lo que se les venía encima. Estaban muy ocupados recomponiendo sus vidas como podían, y casi se congratulaban después de sobrevivir a cada desastre.

Así que no pusimos medios más contundentes para evitar el previsible desenlace, y ese frágil andar sobre una cuerda floja nos lanzó al vacío cuando llegó el Estallido del 2030.

Aún lo estamos pagando.



Hace unas semanas, cuando intentaba recomponer datos, mi mente quedaba en blanco, seguramente como «consecuencia del hecho trágico que protagonicé», en palabras del Sanador, quería evadirme. Recuerdo muy poco de cuando me trajeron aquí. A pesar de mi entrenamiento estaba hecho un guiñapo.

Supongo que pasé un tiempo sedado, porque quedé sumergido en una espesa nebulosa.

Cuando lograba salir de ella, mi único deseo era morir.

Así que ahora relleno las horas vacías con datos, porque prefiero no recordar.

11



—Estrés postraumático, tardará bastante en salir de ese estado, debido a la gravedad de los hechos —esa fue la explicación del Sanador cuando habló con mis padres.

—No tenemos precedente de algo semejante en todos estos años. Nunca, desde que la Reserva fue fundada, que un Guardián cometiese semejante descuido...

Cuando desperté de la sedación fue mucho peor que hacerlo de una pesadilla; mi cabeza daba vueltas y la sensación desagradable de ver que el techo y las paredes de la habitación se movían en ondas hacía que mi cuerpo se sacudiese con violentas arcadas de náuseas.



Está claro que recuperar mi codiciado puesto de Guardián de la Reserva no va a suceder, de eso se encargará la jefa de Guardianes Karen.

Debería estar condicionado para que la humillante perspectiva de no volver a ser Guardián sea el único pensamiento que ocupe mi mente, y sin embargo no es así.

Llegar a ser Guardián de la Reserva es el puesto más codiciado entre los jóvenes de 14 y 19 años. No todos lo logran y por eso somos tan valorados en las Colonias.

12 Me convertí en Guardián de la Tierra a los 14, reunía condiciones de sobra. Pronto alcancé el segundo nivel en jerarquía, todo un logro a mis 15 años. Pero patrullar al lado de mi primo Roque era lo mejor de todo.

De repente me entran ganas de gritar, me contengo.

Ese trágico suceso, lo que hice, está desgarrándome por dentro. Las consecuencias de no volver a ser Guardián, ya de por sí una deshonra, no se comparan al terrible acto que cometí.

De nuevo me quedo en blanco al intentar revivir el último momento, ese último segundo del último día que patrullé por el Perímetro.

No quiero recordar, es mucho peor lo sucedido que dejar de ser Guardián. Me falta el aire... ese momento no.

Inhalo. Suelto el aire. Inhalo profundamente, pongo la mente en los fríos datos y retomo el control.



Los Guardianes somos los únicos que podemos deambular fuera del área de los Hongos, por la zona del Perímetro que se nos designa en la Reserva, en mi caso de la Colonia de Sajoma. Bueno, deambular no es la palabra.

Se nos ha entrenado, a los que poseemos la capacidad de Guardar la Tierra, para que estemos alerta en todo momento que patrullamos, aunque parezca lo contrario.

Nuestros vehículos son rápidos y silenciosos, cada uno de nosotros tiene el suyo asignado y debe velar personalmente por su mantenimiento y puesta a punto.

Mi mente vuela, vuelve y me lleva hacia mi culpa. Me recrea pequeños detalles de aquella terrible tarde.

Rondo los hechos sin acercarme al núcleo del dolor.

El calor.

El cielo gris.

Risas sueltas.

La alta temperatura.

¡Cómo nos presiona la jefa Karen por culpa de un ligero retraso en el relevo!

Ella tiene complejos debido a su procedencia. Proviene de una familia de Poli-Caps 2, casi al límite de ser Uni-Cap.

Por eso me culpa, sí. Aparte de la vergüenza, la gran culpa se abre paso.

Me remuevo incómodo en la cama. No he vuelto a levantarme desde que me trajeron aquí, no he sido capaz y me hormiguan las piernas. He perdido las fuerzas y mi cuerpo se resiente a este castigo físico que me he impuesto.

Estoy al límite, no estoy preparado para afrontar las consecuencias de un encierro tan prolongado. Estar

encerrado en este pabellón tanto tiempo me va minando y quiero morir.

Divago.

Me obligo a retroceder al estallido del 2030.

A partir de esa fecha comenzó la verdadera destrucción. El fin de la sociedad en la República Dominicana, tal y como la conocíamos.

14 A finales del 2026 empezó la caída libre, cuando el País, toda la isla, empezó a padecer lo que acabó siendo una terrible sequía, que se prolongó a lo largo del siguiente año, cuando no llegaron las esperadas lluvias de mayo. A finales del mismo 2027, voraces incendios tuvieron en vilo la zona central del Cibao.

Y la situación en general fue poniéndose peor. Sin darnos cuenta fuimos quedando sin capacidad de sobreponernos a los desastres.

De dos años muy malos, pasamos a dos peores.

El 2028 se recuerda también por un violento huracán que dio pie a una temporada de lluvia sin tregua, que se mantuvo a lo largo del 2029, año donde se contabilizaron tan solo 25 días de sol.

Las magras cosechas producidas a pesar de sequías, incendios, huracanes e inundaciones, acabaron pudriéndose en los campos y almacenes, pues no pudieron distribuirse debido al estado de las carreteras. El Gobierno suplicó ayuda a organismos internacionales, pero cada país estaba inmerso en sus propios problemas.

Los muertos se contaban por miles, las autoridades acabaron perdiendo la cuenta. Hasta que dejaron de contar.

Los ríos se desbordaron. La falta de vegetación en los márgenes no contenía las crecidas, y las personas que sobrevivían a las inundaciones repentinas, después se morirían de hambre en los refugios.

En enero del 2030, pocos días después de la Navidad y del año nuevo más funesto registrado en la historia dominicana, se acabó el arroz.

La gente estalló.

La mayor parte de la población se había quedado sin nada, familias desesperadas, a punto de morir de hambre y hartas de esperar la ayuda que no llegaba, entraron violentamente a los lujosos *malls*, a los grandes almacenes, a los supermercados, a las farmacias y arrasaron con el escaso contenido de los estantes.

La primera oleada de saqueos no estuvo organizada y fue espontánea. Ocurrió en la Capital y fue sofocada por los mandos militares. Pero el efecto no tardó en reproducirse en todos los demás núcleos de las grandes poblaciones; en Santiago, San Cristóbal y San Pedro se reprodujeron los saqueos, que fueron contagiándose hasta alcanzar a cada pueblo del territorio dominicano. En esa segunda oleada, mucho más violenta y organizada, la policía no impidió el asalto generalizado, ellos mismos y sus familias también estaban pasando hambre.

El país estaba a merced de turbas violentas, dirigidas por bandas de antigua trayectoria criminal.

A partir del Estallido, el hambre se convirtió en la única autoridad.



Mi padre nació en la Capital en el año 2030, tres meses después de acabarse el arroz. En pleno Estallido.

Fue el año más difícil de la República Dominicana, un año de hambruna y violencia sin precedentes en todos los registros de la historia, un año donde solo salieron adelante los pocos privilegiados que sumaron datos, analizaron la información y usaron la cabeza cuando el resultado de esa suma les dio: «Esta vaina se acabó».

16

Así lo cuenta siempre el abuelo Clivio, con estas mismas palabras: «Esta vaina se acabó».

Mis abuelos formaron parte de ese grupo de los pocos privilegiados que salieron adelante. No se quedaron empuñando un arma, acumulando comida y atrincherándose en sus casas o torres, como hicieron muchos de los más ricos, quienes intentaron aislarse en una ciudad cada vez más peligrosa e inestable.

Quedarse en las ciudades fue el peor de los errores.

Mis abuelos salieron con mi padre recién nacido de un Santo Domingo totalmente caótico. Fue más bien una salida planificada con dirección al Norte, hasta San José de las Matas, el pueblo de la familia de mi abuelo. Un pueblo relativamente alejado de grandes núcleos urbanos y bordeado por las Reservas naturales de los parques José Armando Bermúdez y José del Carmen Ramírez.

Cuando mi abuelo dejó a su mujer y a su hijo de pocos días de nacido ubicados en la casa familiar del pequeño pueblo, retornó a la Capital para continuar con la mu-

danza. Trajeron cuanto podía ser útil en viajes sucesivos; según disponía del poco combustible que encontraban. También aprovechaba pequeñas treguas de los saqueos y revueltas para moverse por los alrededores de Las Matas. Con todas las precauciones, eran viajes peligrosos.

Muchos lo intentaron solos y no lo lograron.

No es que mis abuelos fuesen ricos o excepcionales. Pero tenían cualidades que resultaron providenciales.

El abuelo es ingeniero civil, un hombre cuadrulado, lo sigue siendo. En aquellos tiempos tenía muchos amigos, de los cuales logró convencer a un buen puñado para que se organizaran, se alejaran de la Capital y en sucesivos viajes lo siguieran hasta su pueblo. Viajaban en pequeñas caravanas y armados hasta los dientes.

La historia de mi abuela es mucho más compleja, tal y como lo es ella.

Siempre dijo que sabía lo que deparaba el futuro, aunque comprobar que se hacía realidad lo que un día visió, y coincidir con estar encinta, le bloqueó su capacidad de lucha en esos momentos cruciales.

Ambientalista y periodista reconocida, pasó muchos años luchando por la conservación de las áreas naturales protegidas del país.

Pero en el Estallido y en contra de todos los principios que la habían movido en su juventud, no tuvo más remedio que salvar su propia vida y la de su hijo que estaba por nacer. Supo que su marido estaba en lo cierto en cuanto a lo de abandonar la Capital, así que tan pronto dio a luz a mi padre, la abuela estuvo lista para dejarlo todo.

Huir de la ciudad en ese momento fue una decisión tomada muy a tiempo. Estaban ya asentados en Sajoma cuando en el 2032 llegaron las plagas.



—Hora de terapia, Elú.

18 La Empa es siempre puntual. Es una mujer que podría resultar agradable sin ser empalagosa, pero conmigo no ha logrado grandes avances. No me ha sacado «mi versión de los hechos» del accidente, del trágico suceso, o como quieran llamarlo, aunque seguro sabe hasta el mínimo detalle de aquel día. Hay cámaras de seguridad por todo el Perímetro, seguro que lo grabaron todo, desde todos los ángulos. Además, estará la versión de la jefa de los Guardias de mi unidad. Karen, ella siempre nos mantenía en estado de tensión y de alerta. Sobre todo, a mí, pues según ella lo tuve todo muy fácil, por ser nieto de quienes soy.

—Hora de terapia, Elú... —me repite la Empa.

Alzo la vista al cristal de la claraboya en el techo; contiene todos los datos ambientales, la fecha y noticias de interés, me entretengo aposta mirando todas las cifras. Aparte de ver la hora, leo la temperatura externa, el grado de humedad, de contaminación y si quisiera, también podría leer un resumen de noticias del resto de las Colonias y de todo el mundo.

La Empa interrumpe mi lectura, coloca su cara frente a la mía, bloqueando mi mirada, invadiendo mi espacio. Insiste en captar mi atención. Ese es precisamente

su trabajo; catalizar sentimientos de cualquier manera. Especialmente hablando sobre las escasas emociones que se nos permiten exteriorizar a los Guardianes.

La principal tarea de los Empa es que no perdamos nuestro equilibrio.

No es que los Guardianes no sintamos dolor, lo sentimos, pero debemos bloquear cualquier motivo que tenga que ver con nuestra condición humana y las consecuentes relaciones.

Nuestro principal desvelo es la Tierra, lo poco que queda de ella. Como sus Guardianes, estamos entregados a defenderla. Todo lo que da sentido a nuestra existencia gira en no fallar en cuanto a su protección. Con lo cual, dirigir ese sentimiento protector hacia otra persona no es nuestra prioridad, aunque sea un miembro de nuestra familia. Nos entrenan para que aprendamos a reprimirnos, a menos que sea para defender a otro Guardián, en ese caso sí nos está permitido.

Todo por la Tierra.

—Necesito que me mires a los ojos —su voz es suave, persuasiva.

Pero no lo hago, sigo con la vista clavada al techo transparente y no la miro. Lo que hice fue tan grave que no logro cumplir con lo que me pide. Desde que sucedieron los hechos evito interactuar con todos.

Después de unos tensos minutos me cansa mirar al techo, así que ahora me concentro en mirar las paredes desnudas del pabellón y hago un repaso a todos los aspectos arquitectónicos del edificio.

Estamos al nivel más alto del Hongo Principal. Bueno, por encima están las antenas de comunicaciones, paneles solares, estaciones meteorológicas y de drones.

Donde estoy yo, en este Pabellón de Restablecimiento, se aplican los tratamientos más especializados para recuperar el equilibrio mental de los ingresados, normalmente son chicos con problemas por no alcanzar un grado más como Poli-Caps.

20 Mi condición debe ser la más extrema, y no se escatima ningún recurso.



El Hongo es una edificación que evolucionó pensada al mínimo detalle.

Años de necesidad fueron perfeccionando los primeros ensayos, hasta la versión que tenemos en la actualidad.

En Sajoma surgieron los primeros modelos de edificios de este tipo, gracias al equipo de ingenieros que vino de la Capital junto a mi abuelo. Mi tío Edwin, el hermano de mi abuela, vino también en alguno de esos viajes.

Más tarde, cuando empezaron las plagas, oleadas de gente, llevadas por el hambre y las enfermedades, empezaron a llegar de forma bastante desesperada a los lugares próximos a las Reservas.

Los privilegiados, los primeros en abandonar las grandes ciudades ya estaban algo organizados. Ante la avalancha humana decidieron aislarse y finalmente proteger el territorio de las Reservas a como diera lugar.

El primer paso fue crear un perímetro de seguridad y defenderlo con uñas y dientes. El siguiente paso fue construir altas torres, con viviendas rústicas encima.

Esos primeros diseños fueron mejorados, hasta acabar con las construcciones que disfrutamos en el presente.

Un Hongo es una sólida torre de diseño sencillo, fabricada en concreto pulido y con base de forma circular, de un diámetro de interior de 6,00 metros. Ese espacio interior está protegido por paredes de un metro de grosor. Se accede desde el exterior por una única puerta que se sella por tres veces. Dentro de ese espacio interior se cuenta con una sencilla escalera que asciende por la pared y es retractable en las dos primeras plantas, años después se incluyeron ascensores que también pueden sellarse. En la planta base hay un colector que da al sótano y se utiliza para arrojar por ahí los trajes filtros para su limpieza.

21

En la segunda y tercera plantas hay unidades de control y seguridad. Luego están las aulas, áreas comunes y viviendas. En la penúltima planta están los laboratorios y pabellones de Sanación y en la última planta están los observatorios y base de drones.

El mismo ascensor se encarga de la purificación de los que acceden al edificio.

El aspecto de esas torres es el de una ancha chimenea de aproximadamente 10 metros de altura, coronada por algo parecido al sombrero de un hongo. En ellos solo vivimos los Poli-Caps.

Nuestra Reserva fue la primera en organizarse como Colonia. Actualmente contamos con nueve Hongos.

Partiendo del ejemplo de Sajoma el sistema fue reproduciéndose a lo largo de todo el Perímetro de la Reserva Natural que quedaba, para luego multiplicarse en el resto de las Reservas del País.

Alrededor de los Parques JAB-JCR hoy en día, contamos con siete Colonias distribuidas de manera estratégica.

22 Gracias a este sistema, las Reservas son prácticamente inexpugnables. Y en caso de ataques o condiciones climatológicas muy adversas, cada Hongo se puede aislar a todo agente externo y es autosostenible. Aunque también hay túneles que permiten la comunicación en el subsuelo y por el aire circulan los drones de vigilancia. Todo está controlado gracias al ingenio de los Poli-Caps.

Los Poli-Caps no descansamos, y menos cuando estamos en la etapa formativa de Guardianes, donde se nos estimula para estar al acecho y la disciplina es férrea. Por eso, ante el mínimo descuido de nuestros jefes abundan las bromas y los momentos robados a tanta energía reprimida. Mi primo Roque es cabecilla de la mayoría de esas bromas, es un líder nato, admirado por todos.

Con dolor recuerdo que ya no puedo considerarme uno de ellos.



En todo el país aún existen cuatro grandes Reservas, y nueve de poca dimensión. Se conservaron gracias a la lucha de ambientalistas como mi abuela.

Mucho antes del Estallido eran más.

A pesar de esa lucha, que empezó en una zona antes conocida como «La Madre de las Aguas», las Reservas se degradaron hasta casi desaparecer. Así fue como terminamos perdiendo muchas áreas protegidas, parques y reservas pequeñas, arrasados por la mano del hombre y más tarde, debido a la subida del nivel del mar.

Los Guardianes de la Colonia de Valle Nuevo, protectores de lo que queda de la Madre de las Aguas, son los más aguerridos y admirados por el resto de las Colonias.

En el resto de lo que fue este País, en lo que queda de nuestra parte de la Isla, no crece nada. Las ciudades que permanecen están derruidas y pueden considerarse fantasmas. A ese territorio que está fuera de las Reservas, tan solo habitado por Ajenos, lo llamamos la Zona Baldía.

23



En el 2026 llegamos a ser 20 millones de habitantes en todo el país. (A los Poli-Caps se nos da muy bien eso del manejo de la información. Es una de nuestras obligaciones, manejar datos y procesarlos.)

—Tienes que responderme, Elú... —la Empa insiste en su terapia interrogatorio y yo prefiero perderme en otros temas.

Para que me deje en paz haré el esfuerzo y le contestaré con monosílabos. Un poco más adelante.

Esa es otra de nuestras habilidades; simultanear procesos mentales y conversaciones diferentes.



Las sucesivas catástrofes y la gradual subida del nivel del mar, no solo nos afectaron a nosotros. Haití, Cuba y la Florida prácticamente desaparecieron del mapa.

En realidad, con todo y Estallido, plagas y subida del nivel del mar, fuimos de los afortunados. Pero esa fortuna nos hizo receptores de oleadas de desterrados.

24 En cuanto nos organizamos para salvar la poca tierra que nos había dejado el mar, los emigrantes que no contaban con habilidades para la supervivencia acabaron siendo repelidos, al igual que nuestros propios Ajenos.

La gente que vive fuera de las Reservas, los Ajenos... no valen nada, no pierdo el tiempo pensando en ellos.



—Si sigues ignorándome no puedo autorizar tu salida del pabellón, y mucho menos podrás bajar hasta tierra. Tendré que reevaluar tu condición de Poli-Cap.

La Empa deja que sus últimas palabras queden en suspenso un rato y casi suspiro de alivio pensando que se ha dado por vencida.

—Escúchame, Elú, si no vuelves a ser útil, si no logras recuperar el control de tu vida quizás tengamos que enviarte con los Uni-Caps a realizar trabajos estrictamente básicos —sus palabras empiezan a inquietarme.

—Si no te sobrepones a tu sentimiento de culpa y recuperas todas tus capacidades antes del tiempo que se te ha

concedido, hasta puedes convertirte en uno de ellos. Hay mecanismos, lo sabes. Tenemos buenos tratamientos de reeducación jerárquica y conductuales.

—¡Eso no! Necesito aire, necesito bajar. Logro articular una petición:

—¿Puedo...? —carraspeo, la voz no me sale con confianza, y me incorporo un poco en la cama—. ¿Puedo ir a la reserva con los botánicos? Ahí puedo... puedo ser útil.

—No sé —me contesta la Empa mientras anota algo en su libreta. La he sorprendido al hablar. Y eso es un punto a mi favor.

—Tienes que hacer el esfuerzo de reconectar conmigo, sacar lo que tienes dentro. Llevas muchos días sin interactuar —la interrumpo. Improviso... haré cualquier cosa, menos ser Uni-Cap—. Ahí, en el Bosque, puedo utilizar mi capacidad de rescatar flora. Trabajaré con los Uni-Caps. No me importa, pero no me convertiré en uno de ellos.

La Empa afloja las mandíbulas y escribe algo más en su libreta. Los Poli-Caps también sabemos interpretar el lenguaje corporal.

—Ya veremos si progresas en estos días.

La miro a los ojos, otro punto a mi favor. Vuelve a anotar en su libreta. Voy bien.

Estoy agotado cuando la Empa finalmente sale por la puerta. Agotado, pero satisfecho de mi avance. Le doy a la Empa lo que quiere y ella me deja un tiempo en paz.

Enseguida me traen la comida y por primera vez en muchos días siento verdadera hambre. Tengo que comer,

tengo que salir. Tengo que abandonar este Pabellón que me asfixia, escapar como sea de este Hongo gris.

Tengo que salir porque quiero morir en el Bosque de la Reserva.

Pero hoy es hoy y teniendo claro mi objetivo, me relajo y mi cuerpo despierta.

Se me abre el apetito en cuanto huelo las tortas hechas de harina de insecto y algas. Es un desperdicio no comerlas, así que engullo hasta la última migaja.

26 En la actualidad la comida y la alimentación en las Colonias es personalizada.

La Unidad de Alimentos y Nutrición toma en cuenta tu altura, masa corporal, sexo, edad y el tipo de actividad que desarrollas. La cantidad y el tipo de nutrientes están ajustados a tus necesidades.

La tasa de estatura y peso ha bajado en las dos últimas generaciones. Somos todos atléticos por necesidad y no muy altos. Después del Estallido, las plagas y de la subida del nivel del mar debes ganarte gramo a gramo lo que comes.

Con los Ajenos tenemos otro protocolo con los alimentos, pero por razones estratégicas.

Con el estómago lleno de tortas de insectos, sigo mi recorrido mental, los hechos históricos que me han traído hasta aquí.

Con las plagas estuvo más que claro que ni el dinero, ni la condición social, ni la fortaleza física te garantizaban la supervivencia. En el período de las plagas hubo más muertes que en el de las sequías, los incendios, los

huracanes y las lluvias juntos. La naturaleza nos ahorró el trabajo de hacer ella misma las primeras grandes selecciones entre los más débiles, los menos preparados y los insensatos con mucho dinero.

Solo quienes poseían un conjunto de habilidades, talentos o capacidad de previsión sobrevivieron. La suerte o el poder no tuvieron nada que ver.

Así que, por lógica de supervivencia y capacidad de adaptación; si la vida te da insectos, muchos, pero muchísimos insectos, pues haces harina de insectos.

27

El hecho de tomar decisiones rápidas y adelantarte a acontecimientos, como fue la decisión de emigrar de una gran ciudad a las proximidades de alguna Reserva Natural cuando se acabó el arroz, también tuvo que ver con la supervivencia. Sobre todo, ante la posterior subida del nivel del mar que anegó gran parte de la Isla.

Coincide que muchas de las Reservas mejor conservadas están también a gran altura.

En esas circunstancias empezamos a adaptarnos y forjarnos como Poli-Caps, además quedó bien definida nuestra principal prioridad. Somos los únicos protectores y gestores de la Tierra de las Reservas. Son nuestras, nos las merecemos con todo el derecho, porque hemos defendido cada centímetro de tierra fértil. Además, como nuestras capacidades hicieron la diferencia entre vivir o morir; quienes no reunían esas condiciones quedaron fuera de las Reservas y pasaron a considerarse Ajenos.

Soy un Poli-Cap, y mientras conserve mis capacidades, no importa lo que haga, mi supervivencia está

garantizada. Eso no me ha librado de mi culpa y hoy me importa muy poco mi supervivencia.

Me angustia la perspectiva de ser degradado a una categoría inferior. Sé que algunos Uni-Caps acabaron como Ajenos, incluso se habla del caso de una Poli-Cap de la Colonia Jaragua. Yo, de verdad no quiero acabar así.

28

Recuerdo que una de las habilidades que nos caracterizan es que asumimos de inmediato nuestro grado de responsabilidad ante cualquier fallo o evento difícil en el que nos vemos involucrados. Y así, asumiendo nuestra parte, solucionamos de forma eficaz y rápida los problemas.

Partiendo de esa premisa, he concluido que soy el único responsable de mi desgracia y que no voy a degradarme para convertirme en un Uni-Cap, con lo que solo me queda un camino.